

LA ARISTOCRACIA ESPAÑOLA EN LA NARRATIVA DE  
LA RESTAURACIÓN.  
*PEQUEÑECES-LA MONTÁLVEZ-LA ESPUMA*

Por Souad Ragala

Las tres novelas <sup>1</sup>que nos proponemos estudiar en este artículo se publican entre 1887 y 1890 y pertenecen a la misma época histórica tanto por su fecha de publicación como por los hechos que tratan. Estamos en la segunda mitad del siglo XIX, empieza la Restauración a manifestar ciertas dificultades. Los tres novelistas han elegido la aristocracia como tema principal. En este último tercio del XIX, se vuelve patente la necesidad de variar ambientes para satisfacer un público cada vez más deseoso de novedad. Si lo miramos bien a la fecha donde hallamos mayor pintura de la aristocracia no hay ninguna novela dedicada exclusivamente al asunto antes de la de Pereda, tan sólo algunos personajes galdosianos en determinadas novelas. Y hay que esperar a 1893-95, para ver la aparición de una temática comparable a la de las tres novelas que nos proponemos analizar o sea la alianza de la burguesía con la nobleza en la serie de los Torquemada. Fuera de ello tan sólo se ocupan algunos novelistas de la aristocracia provinciana, como Emilia Pardo Bazán en *Los pazos de Ulloa* o Clarín en *La Regenta*, falta, pues, la madrileña con alcance nacional.

La corriente naturalista francesa –como es sabido– tuvo influencia directa a partir de los años 80 en los literatos españoles de la Restauración. En Francia, empezó la llamada novela experimental de Zola y su grupo de Medán a estudiar las clases bajas y la burguesía. Confiesan los mismos Goncourt que lo hicieron por resultarles más fácil la demostración de los vicios sociales<sup>2</sup>. En una segunda

---

<sup>1</sup> Coloma, Luis: *Pequeñeces*. Madrid, Cátedra, 1975. Pereda, José María de. *La Montálvez*. O.C. Madrid, Aguilar, 1975. Palacio Valdés, Armando. *La Espuma*, O.C. Madrid, Aguilar, 1959.

<sup>2</sup> Goncourt, Edmond. *Les frères Zenganno*, París, 1879.

fase, los naturalistas franceses se emplearon en diversificar los ambientes novelescos. En el decenio 80-90 aparece además Paul Bourget cuya influencia en España es notoria<sup>3</sup>. Se puede pensar que otro tanto ocurrió en España. El hecho es discutible para Coloma quien echó mano de lo que conocía y tenía intenciones precisas que recordaremos más adelante. En cuanto a Pereda se sabe que el cambio de ámbito le fue impuesto por una crítica que le acosaba en un regionalismo montañés considerado como demasiado estrecho. Sin embargo en el caso de P.Valdés es indudable que por su parte hay una voluntaria renovación de ámbito social pintado que pasa de asturiano o andaluz a madrileño y de campesino y burgués a las clases pudientes. Sin embargo, lo literario no lo explica todo ni mucho menos. A través de las respectivas intenciones de los tres autores aparece claramente la ideología predominante en relación con la coyuntura político-social de la Restauración.

Con la Restauración quiso Cánovas poner fin al estado de excepción en que vivía España. Logró dar al país una constitución (1876) y hacer respetar el principio de un gobierno constitucional. Después de la muerte de Alfonso XII y la Regencia de María Cristina, el Pacto del Prado (1885) instituye el famoso turno pacífico: liberales y conservadores, mediante unas elecciones desgraciadamente falseadas por el caciquismo gobernaban el país.

Por otra parte, es de notar que la mencionada política tuvo que enfrentarse con graves problemas económicos y sociales. Además, cada equipo ministerial que llegaba al poder traía consigo a sus partidarios y echaba a los del partido opuesto, creando así una situación de malestar creciente. Con las siguientes frases resume Vicens Vives la situación social en España:

La inmoralidad, el cohecho y la corrupción fructificaron en este régimen, mientras los servicios públicos –algunos tan fundamentales como la política y la instrucción– eran desatendidas por completo<sup>4</sup>.

Bajo la Restauración y con la llegada de José Fanelli a España se organizan las agrupaciones obreras. Se crea la sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores. No cabe duda que los movimientos obreros y campesinos constituyeron el aspecto más importante de la oposición a los diferentes gobiernos de la Restauración.

Por otra parte, florecieron dos disidencias espirituales, en el campo educativo: laicismo, y en el plano nacional: el regionalismo. Ambas a su manera coinci-

---

<sup>3</sup> Clemessy, Nelly. *Emilia Pardo Bazán romancière*, París CRIEN, 1973.

<sup>4</sup> Vicens Vives, J. *Historia de España y América social y económica*, Madrid, Vicens Bolsillo, 1974, p. 324.

den en criticar y condenar la Restauración<sup>5</sup>. El laicismo de signo Krausista tuvo su mayor representante en Giner de los Ríos y su famosa Institución Libre de Enseñanza (1875). El regionalismo, sobre todo el catalán creó un movimiento separatista muy activo. En menor grado ocurrió otro tanto con el país Vasco y Galicia. En otras provincias menudeaban también los conflictos sociales creciendo el malestar. El paro, cuando no la superpoblación daban lugar a masivos movimientos de emigración. Además de esas causas internas, España se debatía en graves problemas exteriores: el marroquí y el cubano que contribuyeron a arrastrar el país a la crisis del 98.

Así pues, en este período conflictivo los tres novelistas sitúan las acciones de sus respectivas ficciones.

El problema de la situación del tiempo del relato no se plantea para *Pequeñeces*. El padre Coloma sitúa la acción con toda precisión en las vísperas de la Revolución de 1868 y los primeros años de la Restauración.

Por lo que toca a *La Montálvez* y *La Espuma*, no se sabe con exactitud en qué época se sitúan las acciones porque los novelistas no dan fechas precisas. Sin embargo, las numerosas alusiones a acontecimientos, circunstancias, fiestas, vestidos, clubes... permiten localizarlos en los años de la Restauración.

En *La Montálvez*, tenemos una alusión a la época durante la cual se desarrolla la acción. En el Sport Club discuten dos amigos, uno de ellos, Ballesteros, que acaba de llegar a Madrid cuenta su larga estancia en Europa y su tardanza en volver a España. Explica a su amigo:

...me cogió “la gorda”, la de septiembre, en Londres, vino el gobierno provisional, y conseguí, es decir, me consiguieron aquí, que se me revalidara la credencial de agregado, trasladándome a París...De París fui a Lisboa, y en Lisboa juré a Don Amadeo, y le serví con igual celo y la propia lealtad que a todo precedente... hasta que se proclamó la República. Hasta que llegó la Restauración y volvimos con ella a nuestros destinos todos los leales<sup>6</sup>.

Además de esta clara alusión a los principios de la Restauración, la descripción que hace Pereda del Sport Club, coincide perfectamente con la descripción que facilita la condesa Campo Alange del Vélez Club inaugurado en 1870<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> *Ibid.* pp.327 y ss.

<sup>6</sup> *La Montálvez. op.cit.* p. 468.

<sup>7</sup> Lafitte, María. *La mujer en España, cien años de su historia*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 16.

Pereda indica también que el padre de la marquesa de Montálvez fue ex-contratista, lo que significa indudablemente que se enriqueció con el conflicto carlista reavivado con la Gloriosa.

En *La Espuma*, hallamos la misma alusión al club mencionado anteriormente<sup>8</sup>. En el capítulo titulado “cena en Fornos”, pinta P. Valdés una juerga que los jóvenes aristócratas organizan en este establecimiento acompañados por mujeres de mala fama. La condesa Campo Alange habla de los “reservados de Fornos” como sitio de encuentro con mujeres de mala vida<sup>9</sup>.

Algunos críticos ven en el médico de *La Espuma*:

...Probable trasunto del doctor Jaime Vera, dirigente del Partido Socialista y uno de los primeros marxistas de su tiempo<sup>10</sup>.

La actitud reprobatoria que adopta P. Valdés a lo largo de su novela y particularmente cuando trata los problemas de los mineros de la Riosa, nos inclina a optar por el juicio formulado por los críticos citados más arriba. Si con el médico de la Riosa P. Valdés alude a Jaime Vera<sup>11</sup>, el tiempo de la acción y de la escritura si no se funden se acercan considerablemente, y sitúan la novela en la época que corresponde al segundo período de la Restauración.

Otro dato común a las tres ficciones lo constituye el tema: las tres novelas tienen por tema la crítica de la aristocracia madrileña.

En su afán de condenarla del todo, los tres novelistas pintan sus aspectos más negativos. Ponen en escena personajes escandalosos y viciosos, padres irresponsables y doncellas perversas.

Ninguno de los novelistas condena a uno o varios individuos sino al grupo social entero. Hasta los personajes que no actúan directamente, están condenados también, les condena su silencio, su complicidad o las falsas convenciones sociales con que están de acuerdo. Lo que quieren subrayar los tres novelistas es que el vicio no está en determinadas personas sino que afecta a la clase aristócrata en su conjunto.

Es obvio que la decadencia moral y material de la aristocracia no es pura ficción novelesca sino una realidad histórica. Los tres autores no hacen más que

---

<sup>8</sup> *La Espuma*, op. cit. Cap. VI, Parte I.

<sup>9</sup> *La mujer en España, cien años de su historia*, op.cit. p. 67

<sup>10</sup> Blanco Aguinaga, Carlos; Rodríguez Puértolas, Julio; Zavala, Iris. *Historia social de la literatura española*, Madrid, Castalia, 1979, T. II, p. 151.

<sup>11</sup> Jaime Vera fue socialista de primera hora de los años de la Revolución. Era amigo íntimo de Pablo Iglesias. Redactó el famoso informe presentado por “la agrupación socialista madrileña” a la “Comisión de reformas Sociales”.

novelar –muchas veces exagerando, acumulando o deformando– hechos sociales verídicos.

En efecto, el siglo XIX significa un cambio muy importante en la constitución clacista española. El progreso industrial y comercial da lugar al desarrollo de nuevas clases y fuerzas sociales: el proletariado y la burguesía. Con su febril actividad y su espíritu de empresa logra la alta burguesía disputar la supremacía a la aristocracia en varios dominios.

A lo largo de la centuria se desarrolla el capitalismo español que abre una nueva etapa en la historia del país, caracterizada entonces por la actividad desbordante de las nuevas fuerzas sociales y políticas y por una serie de transformaciones socioeconómicas que tienden a poner a España al ritmo de las demás sociedades europeas. Además de la ascensión de la burguesía, España conoce otro hecho muy importante: el lento desarrollo de la clase obrera. Además de los braceros del campo en las zonas latifundistas, el crecimiento industrial progresivo a lo largo del siglo conduce a la concentración de los trabajadores en las ciudades – como en Madrid o en Barcelona– o en los centros mineros. Con estas concentraciones se va despertando cada vez más una conciencia de clase, alentada y recuperada por el marxismo y el movimiento anarquista. Ahora se defiende el derecho de la clase obrera a participar en la vida política. Las nuevas orientaciones de la clase obrera alarman las clases conservadoras y empujan la burguesía a renunciar a la revolución pactando definitivamente con las altas clases tradicionalmente pudientes del país.

Frente a la ascensión de la alta burguesía y a las pretensiones cada vez mayores de la clase media, la aristocracia acostumbrada a ser siempre la primera, rica o influyente en su gran mayoría no reacciona. Su obligada pasividad fruto de su concepción ancestral de la riqueza y de los negocios: recursos basados en las rentas de los bienes raíces y desprecio del trabajo, la empujan fatal y rápidamente hacia la ruina antes de que se de ella misma cuenta clara de la nueva coyuntura histórico-social. Ilustra tal hecho, Rubén Darío, buen testigo de la época durante su viaje por España:

De antiguo he sabido la poca afición al trabajo de la nobleza española, a causa sobre todo de las preeminencias de la hidalguía y de los mayorazgos <sup>12</sup>.

Esta pasividad e inactividad abren de par en par la puerta a las clases más trabajadoras y activas. Paulatinamente, se pierde la confianza en la aristocracia a quien ya sólo se considera como un elemento de decoro. Para un observador extranjero como el poeta argentino el hecho es patente. Nos valemos aquí de

---

<sup>12</sup> Darío, Rubén. *España Contemporánea*, París, Garnier-hermanos, 1901, p. 359.

otras reflexiones suyas para resumir la situación de la aristocracia a finales del siglo XX:

No se puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación si viene vendrá del pueblo guiado por instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos<sup>13</sup>.

Aparte de estas consideraciones socioeconómicas precipita la decadencia de la aristocracia su relajación moral. Relajación que transmiten los padres consciente o inconscientemente a sus hijos. Con el afán de imitar a las aristocracias británicas o francesas, educan a sus hijos en colegios extranjeros, donde aprenden todo excepto un oficio, porque la nobleza no trabaja. De vuelta a España se incorporan a un ambiente disoluto y dedican todo su tiempo a actividades mundanas. Perpetuando así la inactividad de su clase.

De esta situación socioeconómica se aprovechan los burgueses. Mientras que el aristócrata vende sus títulos para satisfacer su sed de lujo y placeres, el burgués se acapara de su puesto, y como abunda la oferta con la ruina de muchas viejas familias, ascienden los burgueses con prodigiosa rapidez.

Por otra parte y como lo ilustran las tres novelas estudiadas, gran parte de la aristocracia pierde su supremacía hasta en la política. La guerra de independencia y mucho más tarde la Revolución de septiembre con todos los cambios políticos que engendran llevan al establecimiento de las libertades y de las elecciones. Así, acceden muchos burgueses a los altos cargos del estado y a los puestos representativos antes ocupados por los aristócratas, sin contar con los altos cargos administrativos.

Las tres novelas estudiadas plantean otro problema típico del siglo XIX: la famosa alianza por matrimonios entre la aristocracia de sangre y la alta burguesía de dinero. Alianzas que contribuyen considerablemente a la decadencia de la primera y a la subida de la segunda. Por alianzas matrimoniales se ennoblecen un gran número de burgueses ricos mientras va perdiendo la aristocracia su estatuto social tradicional.<sup>14</sup>

El padre Coloma ilustra esta alianza con el matrimonio del primogénito de los arruinados duques de Bara con Lucy Moreno, la rica heredera.

Ilustra el caso en *La Montálvez* la boda del arruinado marqués de Montálvez y la hija de un rico ex-contratista, y la de su hija arruinada a su vez, pero marquesa, con un rico banquero.

---

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 365.

<sup>14</sup> *Historia de España y América social y económica*, pp. 118 y ss

En *La Espuma* se observa del mismo modo el matrimonio de Pepe Castro, un noble “tronado” con Esperancita, hija del rico Calderón.

Otro punto común a las tres novelas lo constituye el papel principal desempeñado por una mujer. Este personaje central es el hilo unificador de los diferentes cuadros pintados por los tres novelistas. Por la talla y la importancia que le otorga el novelista, casi aniquila a los demás personajes, que a su lado actúan casi todos como personajes secundarios.

Tienen en común estas tres heroínas, la falta de moralidad, su conducta viciosa y su vida escandalosa. Sin embargo representan en sus respectivas sociedades el modelo que se imita, el ideal al cual se anhela llegar. La supremacía ejercitada por estas tres mujeres es una condena total de los grupos sociales que se las otorgan. De este modo aparece la mujer como el elemento clave en la valoración del estado moral de la sociedad. Hecho que no aparece sorprendente cuando se conoce la mentalidad española del siglo XIX.

Como hemos señalado más arriba, las tres novelas han sido escritas con finalidad precisa: criticar a todos los componentes de la alta clase. Para lograr esta meta, crean los novelistas personajes que son prototipos de esta clase cuya decadencia quieren poner de realce. Se observa que el número de los que no se adaptan a los cánones de honradez de los novelistas es hartamente superior al de los considerados honrados. Esta visión pesimista y negativa demuestra a las claras el empeño de los novelistas en demostrar la perdición total de la aristocracia.

Contraaponen a una mayoría de gente viciosa un grupo muy reducido de honrados que constituyen muchas veces los portavoces del autor. Detrás de cada frase o actitud de un madrileño honrado está el novelista, para sermonear o criticar. Se siente la omnipresencia del narrador, esto se averigua tanto en *Pequeñeces* como en *La Montálvez* y *La Espuma*.

Aparte de los personajes –portavoces o modelos– muchas veces intervienen los novelistas para dar sus respectivos puntos de vista o para describir la intimidad psicológica de un personaje. El siguiente juicio de Fray Candil a propósito del padre Coloma se adapta perfectamente también a Pereda:

El padre Coloma está casi siempre detrás de sus personajes a quienes interrumpe a menudo con inoportunas digresiones<sup>15</sup>.

P. Valdés escapa de tal recurso prefiriendo su habitual distanciación mediante el humorismo que en *La Espuma* deja a menudo lugar a la ironía y hasta el sarcasmo.

---

<sup>15</sup> Fray Candil. “El padre Luis Coloma”, *Críticas Instantáneas*, Madrid, Rivadeneyra, 1891, p. 9.

En *Pequeñeces* el portavoz del autor es la marquesa de Villasis. En la novela su actitud para con el Madrid podrido es la del padre Coloma. Sus reflexiones traducen a la perfección las del novelista. Además no deja pasar el autor ninguna ocasión para fustigar a la alta clase. Deja sentir su antipatía en las descripciones que hace de los personajes y de los ambientes que critica. Una ironía mordaz señala a la atención del lector los personajes que él considera negativos. Utiliza todos los medios para ridiculizar estos personajes. Por ejemplo, con este propósito hace el padre Coloma que la reina de Inglaterra se olvide de la *u* de “recuerdo” cuando escribe la dedicatoria sobre la foto que ofrece a Butrón, y que la frase resulte “al marqués de Butrón, recerdo”.

Con la protagonista, Curra, se vuelve cada vez más duro. A propósito de cada acto suyo interviene largamente para criticarla. Un ejemplo ilustrador lo constituye el episodio del santuario de Loyola.

En *La Montálvez*, además de las intervenciones directas de Pereda como ocurre por ejemplo en la discusión entre dos personajes en el Club, utiliza el autor los *Apuntes* de la protagonista para exponer su propio punto de vista negativo. En efecto, en ellos las intervenciones de Pereda son implícitas. Dichos *Apuntes* no son más que un recurso para sustituir al estilo directo.

En *La Espuma* P. Palacio Valdés utiliza otro método. El dualismo antagónico que caracteriza la novela traduce muchas veces las intenciones moralizadoras del autor. P. Valdés opone violentamente y muy a menudo dos personajes, dos situaciones, dos modos de vida o dos caracteres y se inclina abiertamente hacia el que le parece ser el mejor. Cuando opone Clementina a la duquesa de Requena su simpatía por la segunda es obvia. Cuando opone la riqueza insolente de los visitantes de la mina a la pobreza tremenda de los mineros que en ella trabajan, nadie puede dudar de que lo hace para condenar a los primeros.

Aquí tenemos los principales puntos comunes a las tres novelas estudiadas en este artículo. Seguidamente, trataremos de ver en que se diferencian.

Las preocupaciones son más o menos las mismas, sin embargo, de una novela a otra el enfoque de los temas cambia y con él la visión de los novelistas.

Antes de emprender un estudio personal nos parece pertinente recordar cómo las críticas de la época acogieron las tres novelas. Aún cuando las de Pereda y de P. Valdés no levantaron el escándalo de *Pequeñeces*. Desde el punto de vista ideológico eran las tres de índole a chocar la opinión. Sin embargo en el plano estético, es de notar que en general se juzga a *Pequeñeces* como la novela más lograda del padre Coloma. Su éxito es grande y se le atribuyen varias cualidades.

Al contrario, *La Montálvez* y *La Espuma* son juzgadas como las peores novelas de sus respectivos autores.

A pesar de algunas incorrecciones y desvíos se nota en *Pequeñeces* la pintura relativamente verosímil de la vida y costumbres de la aristocracia de principios de la Restauración. Los personajes son descritos y moldeados con tanta maestría



que muchos críticos acusan a Coloma de haberse valido de personajes reales y conocidos de la época. Sea o no novela de clave, la crítica es unánime en afirmar que Coloma, puesto que conoce el terreno que pisa no ha incurrido en errores de apreciación ni caído en inverosimilitudes.

Para *La Montálvez* y *La Espuma* los juicios son de otra índole. Tanto Pereda como P.Valdés ignoran o conocen mal el mundo que describen. Plantean problemas propios del siglo XIX pero no aciertan tan bien como el jesuita en desarrollarlos ni en crear verdaderos caracteres o ambientes de la época.

Así, pues, es el primer desnivel con que se tropieza al querer comparar las tres novelas.

#### EL IMPACTO DEL TÍTULO:

En *Pequeñeces* el título es harto significativo. En el fondo trata Coloma de las pequeñeces, aparentemente sin ningún valor trascendental, pero tras las cuales se esconde la dramática vida aristocrática. Pequeñeces son todos los actos de la protagonista y de los demás personajes, pero que al mismo tiempo hacen la historia de toda una nación, ya que el desmoronamiento moral y material de la aristocracia va a engendrar un cambio radical en la sociedad del siglo XIX.

El título mismo traduce la amarga ironía del autor. Esta serie de pequeñeces que ilustra Coloma revela el profundo caos moral en que vive la alta clase muchas veces sin darse cuenta de ello. A este propósito escribe Mariano Baquero Goyanes:

Menudencias, chismografía, vida diaria hecha de pequeñeces de las que cabe deducir cosas serias...tal parece ser la fórmula de Coloma en su novela, muy de su siglo por ser espejo de un tiempo pendiente de la insignificancia y del detalle<sup>16</sup>.

En efecto, es este el propósito de Coloma, ilustrar con *Pequeñeces* este estado de cosas, demostrando que la carcoma por muy pequeña que parezca, está destruyendo la aristocracia española.

*La Montálvez* es la única novela de las tres que lleva el nombre de la protagonista. Con el título Pereda pone el acento sobre la importancia que tiene el personaje en la novela. Ella es el centro de la ficción y en torno a ella gira la acción. Además del título, la forma misma de la novela, parcialmente autobiográfica pone de relieve la gran importancia que Pereda otorga al personaje. Llama la

---

<sup>16</sup> Baquero Goyanes, Mariano. *La novela española en la segunda mitad del siglo XIX*, HGLH, Barcelona, Barna SA, 1958, p. 88.

atención el empleo del artículo “La” delante de un nombre propio perteneciente a la nobleza de sangre. Explica el autor que esta apelación “La Montálvez” fue concedida a la protagonista en el momento más vicioso de su vida en que se libraba con frenesí a sus instintos más bajos. La Montálvez aunque marquesa es a los ojos de la sociedad una fulana cualquiera. Así, pues, el empleo del artículo adquiere un matiz netamente despectivo. La conducta escandalosa del personaje requiere la determinación mostrativa que le otorga el artículo determinado. Denota el título de la novela el menosprecio y la aversión del propio autor para con su personaje.

Lo mismo podemos decir de *La Espuma* de P.Valdés cuyo título está cargado de significados. La ironía del autor es patente. La novela parece ser la antítesis de lo que es la espuma de una sociedad, o sea su flor y nata, su grupo más selecto. En *La Espuma* el autor presenta y critica lo más vil y podrido de la aristocracia madrileña. Así contrasta violentamente el título con lo presentado por el autor.

Considerada bajo otro ángulo, vemos que con la crítica negativa que proporciona el autor, aparece la aristocracia efectivamente como la espuma. Algo bonito de buenas apariencias, que crece rápidamente, unos simples movimientos le dan vida, pero cuya consistencia y peso son muy ilusorios. La espuma no es más que la parte aparente y brillante de un todo que puede ser sucio y repugnante. Así es la nueva aristocracia madrileña que pone en escena P.Valdés, asciende con demasiada prisa gracias a su dinero, pero se muestra poco digna de suplir a la antigua nobleza de sangre. Es toda apariencia pomposa como la espuma y como ella deleznable, frágil.

En cuanto a la técnica que utilizan los novelistas en sus respectivas ficciones se notan otras divergencias.

*Pequeñeces* es una narración en tercera persona. Se notan largas intervenciones del autor que muchas veces se asemejan a sermones dominicales. Tiene la novela una estructura muy flexible, aparece como una serie de cuadros de costumbres aristocráticas que pudieran aislarse, siendo el único hilo conductor la protagonista: Curra Albornoz.

Trata Coloma de una época determinada con precisión. Empieza la novela con el reinado de Amadeo de Saboya y se acaba con la vuelta de los Borbones en el trono de España. *Pequeñeces* constituye el escenario donde evolucionan los personajes y se traban las intrigas que preparan esta vuelta, de un trasfondo político denso. Abarca la novela una sola generación cuyos miembros gravitan en torno a la protagonista. De esta protagonista trata esencialmente la novela. Asistimos a su rápida ascensión en los escalones sociales y luego a su vertiginosa caída seguida de su arrepentimiento. Estamos en presencia de una novela estructurada en una crisis según un esquema clásico.

En *La Montálvez*, Pereda combina dos recursos. En primer lugar la narración cronológica de los hechos. En segundo lugar “Los Apuntes”, especie de memo-

rias que escribe la protagonista cada noche, a modo de introspección psicológica. Desde luego dicho recurso es fácil remedio del escritor para presentar a otros personajes de la novela desde determinado punto de vista. La falta de habilidad del novelista impide que este procedimiento alcance plenamente su meta. En efecto, no aportan “Los Apuntes” ninguna información trascendental ni pertinente, sólo completan o corroboran las afirmaciones del autor. A veces estos “Apuntes” vienen a ser una mera repetición de los hechos ocurridos ya, otras, una especie de estudio psicológico de la misma protagonista, o su interpretación íntima de algunos hechos. Jean Camp ve en ellos una defensa que utiliza Pereda cuando afirma datos psicológicos erróneos o de los cuales no está seguro<sup>17</sup>.

Además constatamos que Pereda yuxtapone en la novela la vida de tres generaciones. Las dos primeras, de los marqueses de Montálvez y su hija Verónica, se parecen mucho, notamos la misma mentalidad y más o menos el mismo comportamiento. Las dos generaciones se igualan en los mismos vicios: despilfarros y vanidad. La tercera, la de Luz y Ángel, se opone rotundamente a las dos primeras aunque evoluciona en el mismo ambiente. Esta construcción novelística en sí justificada por el afán de demostración del escritor resulta pesadísima al lector debido a la poca flexibilidad del estilo narrativo perediano en esta novela.

*La Espuma* es otra narración en tercera persona. Aquí interviene el autor sólo de vez en cuando directamente para describir, explicar o interpretar. Trata P.Valdés de presentar en la novela la vida de varias familias aristocráticas con sus respectivos problemas, preocupaciones y ambiciones en un lapso de tiempo indeterminado pero relativamente corto. Así, en cierto modo se puede considerar *La Espuma* como el conjunto de varias historietas independientes aunque entrelazadas, ya que cuida el novelista de unir a todos los personajes en un momento u otro de su novela en el trato social. Además se puede afirmar que Clementina, aunque en menor grado que las figuras femeninas de Coloma o Pereda, hace las veces de protagonista.

¿Son idénticas las clases altas descritas en las tres novelas? ¿Satirizan los autores el mismo grupo social? Existen diferencias notables y cada novela trata una coyuntura social bien determinada.

En *Pequeñeces* estamos en presencia de la verdadera nobleza de sangre y hasta de los Grandes de España. Pone Coloma en escena personajes del más alto linaje. La protagonista, Curra, es condesa de Albornoz, marquesa de Catañalzor y marquesa de Villamelón, dos veces grande de España por derecho propio. El

---

<sup>17</sup> Camp, Jean. *José María de Pereda, sa vie, son œuvre et son temps 1833-1906*, París, Fernand Sorlot, 1937. En la página 172 afirma Camp: *Mais ce procédé agaçant plus d'une fois par l'intromission constante de l'auteur qui semble manquer de confiance en soi et attribuer à un personnage imaginaire les exagérations ou les erreurs de psychologie qu'il n'ose prendre à son compte.*

marqués de Sabadell está aparentado con la mayor parte de la nobleza, su mujer lleva un título ilustre entre la grandeza. La alta burguesía está representada por los Moreno, ricos banqueros que anhelan un título nobiliario. Los demás burgueses de *Pequeñeces* son más bien representados como parásitos y no desempeñan ningún verdadero papel. Leopoldina Pastor, por ejemplo, vive a expensas de Curra, Coloma la juzga como una intrusa y entrometida. Su menosprecio para con ella es notable. La actitud de Coloma es harto significativa, está a favor de la alta nobleza tradicional que quisiera ver fuerte y a la altura de su misión tradicional como rectora de España. Por otra parte, como se ha visto en *Pequeñeces* dada la historicidad de la intriga, la clase política ocupa un lugar importante.

En *La Montálvez*, Pereda pone de relieve una aristocracia de sangre decadente que incorpora con extrema facilidad a la alta burguesía. Casi todos los matrimonios celebrados entre la nobleza de sangre y la burguesía se basan esencialmente en el dinero, no se considera la pertenencia social del cónyuge, sino su capital. El autor subraya además varias veces la buena convivencia de las dos clases. Verónica, marquesa de Montálvez, acepta con asombrosa facilidad las relaciones que unen su hija al joven Ángel, perteneciente a una clase social inferior a la suya.

En *La Espuma*, desaparece casi por completo la vieja nobleza española. Los pocos títulos que se mueven por la novela no son heredados, sino recibidos en recompensa de servicios a la corona o logrados por medio de enlaces matrimoniales.

Evolucionan en la novela ricos comerciantes y banqueros. Importa subrayar que estos personajes proceden de clases muy bajas. Han llegado tan alto a fuerza de trabajo, de privaciones, y de maniobras más o menos honradas. Su incorporación a la alta clase social madrileña no cambia nada en sus modales ni en sus comportamientos. Siguen siendo tan vulgares como antes. En *La Espuma* ataca P. Valdés a los ricachones que han saltado etapas que necesitan varias generaciones para borrar los desajustes y realizar la plena integración a la clase superior. Es de notar que la ironía mordaz con que trata a Salabert, Calderón y Osorio se ejerce plenamente en este sentido.

En *Pequeñeces*, el tema político es esencial. Es necesario recordar que el fondo de la novela es histórico, varios detalles son rigurosamente verídicos y pueden averiguarse en cualquier manual de historia: las intrigas restauradoras tramadas en salones aristocráticos, la manifestación de las mantillas, incluso los personajes políticos que se mueven en la novela recuerdan con insistencia a los verdaderos líderes políticos de la época<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Valera, Juan. *Pequeñeces, de Currita Albornoz al padre Luis Coloma*, OC, Aguilar, Madrid, 1949, T. II, p. 849.

Por otra parte, Coloma utiliza *Pequeñeces* para fustigar a la aristocracia que ha traicionado la causa religiosa. Para el autor, la misión tradicional de la nobleza era y debe ser la defensa de la religión y de la Iglesia. No le perdona el hecho de haberse aliado con las fuerzas progresistas y malgrado la unidad católica, permitiendo así la Restauración del rey español en medio de circunstancias sociales y políticas que mantienen la libertad de culto, la separación de la Iglesia y del estado y la desamortización.

En *La Montálvez*, son claras las alusiones a la política de la época. Pereda emprende la sátira de un sector determinado: el cuerpo legislativo, a través del marqués que llega a un puesto elevado siendo totalmente incapaz. Pero el ámbito político no deja de ser secundario en la economía de la novela.

En *La Espuma* tampoco se tropieza con muchos políticos. Sin embargo, en el capítulo IV titulado “Viaje a la Riosa” el novelista introduce un medio social que no aparece ni en *Pequeñeces* ni en *La Montálvez*: es el mundo de los mineros. Se vale de la descripción de su miserable vida para rebajar más a las clases adineradas y a los hombres de negocios. Ataca P.Valdés al prototipo de los nuevos ricos ennoblecidos, el duque de Requena, explica cómo gana su dinero y se echa de ver que lo logra con el sudor y la sangre de los mineros. Estas páginas han sido apreciadas en la actualidad como las mejores de la obra. Describe el autor con maestría estos hombres enfermos, paupérrimos y resignados que pagan con sus vidas la escandalosa riqueza del duque.

Merced a este capítulo, algunos críticos contemporáneos relacionan *La Espuma* con la novela obrera afirmando:

En la Espuma, de ambiente obrero, aparece uno de los primeros héroes socialistas literarios, el médico de los mineros, probable trasunto del doctor Jaime Vera<sup>19</sup>.

De este capítulo se destaca la gran sensibilidad del autor a una realidad histórica, su habilidad técnica para introducir el tema y sacar un efecto de contraste violento capaz de conmover a los lectores y suscitar sus reflexiones. En realidad la óptica de P.Valdés revela su gran lucidez frente al problema nacional. En toda la obra y singularmente gracias al citado episodio minero pone de realce la relación de dependencia de la política española respecto a la banca.

Constituye la religión otra preocupación en las tres novelas estudiadas.

En *Pequeñeces*, condiciona la visión religiosa del autor su afiliación a La Compañía de Jesús. Condena a la aristocracia porque se ha aliado con las fuerzas

---

<sup>19</sup> *Historia social de la literatura española, op. cit.* p. 151.

progresistas y traicionado a la Iglesia. Por esto, el padre Cifuentes se opone radicalmente al padre Ortega en *La Espuma*. Es un hombre corriente, desaliñado en el vestir y en el hablar. No es complaciente con la aristocracia y tiene muy pocos tratos con ella. Frecuenta más bien el reducido grupo de los considerados por el autor como honrados. La religión es omnipresente en *Pequeñeces*. Aún cuando no practican los personajes hablan frecuentemente de la Iglesia, del Papa y de su propia devoción. La idea del sacrilegio aterra a los personajes más corrompidos, hasta la misma Curra.

En cambio, un hecho importante llama la atención en *La Montálvez*, es la ausencia casi total de la vida religiosa y de un personaje obligado en la novelística española: el sacerdote. Raras veces se alude a la religión en la novela. Cuando ocurre es para mostrar que es una actividad mundana más entre otras muchas de la aristocracia: en *La Montálvez* ir a la iglesia es como ir al teatro. Es una exhibición social y nada más. De fe no se trata nunca. Esta ausencia voluntaria la utiliza el novelista para criticar a la alta clase. En efecto, debe escandalizar la ausencia del sacerdote y de la iglesia en una sociedad reputada de profundamente religiosa como la española. Las intenciones del autor son claras: esta descristianización es responsable de la decadencia moral de la mayoría de la aristocracia e imposibilita la vuelta del pecador al camino recto.

En *La Espuma* también, estamos en presencia de una vida religiosa que no difiere de la mundana, el padre Ortega, recordémoslo es un asiduo en todas las reuniones de la aristocracia. Se somete a los convencionalismos sociales, acepta las componendas y para limitar los efectos de la corrupción sólo se preocupa de las apariencias, de este modo se compromete y abdica de su papel de defensor de la moral. En su actitud hay una parte de táctica eficaz, pero su laxismo resulta más bien religioso. Así, de esta manera, la religión en *La Espuma* está al servicio de la vida social y no el contrario. En fin de cuentas es un caso que ilustra la famosa alianza entre las clases pudientes y la Iglesia. Como tienen intereses comunes, tanto las primeras como la segunda se esfuerzan por mantener estas buenas relaciones.

En definitiva las tres novelas apuntan el mismo blanco: la aristocracia. Cambian las esferas criticadas, las técnicas novelísticas, los ejemplos y los personajes pero el objetivo es único. Muy a menudo se averiguan las diferencias de enfoque y de crítica, sin embargo las similitudes de fondo temático quedan mucho más importantes.

En *Pequeñeces* Coloma pinta a la vieja aristocracia española con el firme propósito de criticarla y de desprestigiar una clase que sigue gozando de fama. Las experiencias personales del autor aliadas a su documentación prestan un notable grado de historicidad a la novela. A pesar de ello la objetividad de *Pequeñeces* queda relativa porque el padre Coloma moraliza al extremo sin disimular sus intenciones. En el prólogo de la novela se dirige al lector en estos términos:

...Aunque novelista parezco, soy sólo misionero, y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública y predicaba desde allí rudas verdades a los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien lo entendieran, su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico a los que de otro modo no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias que no podrían jamás pronunciarse bajo la bóveda de un templo<sup>20</sup>.

Las frases de Coloma demuestran a las claras que *Pequeñeces* es una tribuna donde se fustiga una aristocracia a la que juzga extraviada, su intención es obvia: sermonear desde un punto de estricta moral religiosa aunque en una perspectiva circunstancial muy particular. Queda claro, pues, que el padre achaca la degradación moral de la vieja aristocracia a su compromiso con la burguesía liberal. Hecho que arrancó en los años revolucionarios y que acarreó el triunfo de la política canovista de fusión de las clases pudientes.

La parcialidad del autor se hace cada vez más patente cuando se sabe que *Pequeñeces* se publicó primero en *El mensajero del corazón de Jesús* con el beneplácito de la Compañía, lo que permite afirmar que su posición personal no es sino la de un determinado ámbito clerical. El hecho ilustra un proceso recogido en la historia del siglo XIX: el giro que toma la literatura católica con la Revolución de 1868: adopta un matiz tan polémico como moralizador. Después de un largo tiempo en que los religiosos preferían cierto aislamiento limitándose a la predicación en las iglesias, la necesidad de atraerse más amplio público y de influir en él con medios más mundanos se impone. Como era de suponer la muy oportunista Compañía de Jesús no se quedó a la zaga y supo sacar el mejor provecho posible de la novelística al uso. En la persona de Coloma halló un excelente intérprete de sus preocupaciones. Se inscribe la narrativa del padre Coloma en la tendencia mantenida por un tradicionalista como P. Antonio de Alarcón mantenedor de la moral en el arte<sup>21</sup>. Finalmente puede considerarse dicha narrativa como una forma moderna del "deleitar aprovechando", testimonio fehaciente de la supervivencia en pleno siglo XIX español de una fórmula literaria heredada de otro gran eclesiástico, el dramaturgo y novelista: Tirso de Molina.

En *La Montálvez*, Pereda anatematiza. Su intención fundamental es condenar. Pone en escena una sociedad que conoce superficialmente y la carga de todos los vicios. El aislamiento en su "Montaña" nativa no basta para explicar la flojedad y las contradicciones psicológicas de sus personajes. Lo que convida a pensar que el estudio psicológico no era el punto fuerte del novelista.

---

<sup>20</sup> *Pequeñeces*, op. cit. p. 55

<sup>21</sup> Alarcón, Pedro Antonio. « La moral en el arte », *La Revista Europea*, 1877, nº 157, p. 27.

En *La Montálvez*, la realidad aparece deformada porque el autor la supedita a sus conocidas ideas obsesivas: la ciudad es la cuna de todos los pecados, es imposible que crezca en ella algo limpio y virtuoso. Las costumbres modernas inspiradas en el liberalismo progresista son repudiadas como demoleadoras del tradicional orden patriarcal al que sigue aferrado el novelista. Madrid es el escenario en que a la vez se acrisolan las ideas modernas y la vitrina de la vida contemporánea, para Pereda pues, es cuna de los vicios y foco de todas las corrupciones.

Así pues tanto por su temperamento como por esta ideología reaccionaria su obra queda condicionada de un modo marcado y aburridamente negativo. Resulta, aún más severa que la de Coloma, el jesuita predicador, puesto que en *La Montálvez* la condena es total. Pereda niega a su protagonista toda posibilidad de arrepentimiento, aun después de quitarle su razón de vivir: su hija. La deja sola y sin ningún amparo. En la novela, el maniqueísmo es evidente y es fruto de una intolerancia que halla su remate en el desenlace de la novela.

En *La Espuma*, P.Valdés presenta la clase alta con mordacidad irónica. Pero ni predica como Coloma ni anatematiza como Pereda. Su realismo crítico de raíz liberal se inscribe en la línea de Galdós y de Clarín. En opinión de varios críticos de la época no está del todo bien informado del medio que describe, se le nota en varios errores cuando da detalles de la vida cotidiana de la aristocracia <sup>22</sup>.

Sin embargo, la ausencia de intención didáctica presta a la obra otra tonalidad. Es el cínico entre los tres novelistas que procede de modo implícito. Huyendo del estilo explicativo está omnipresente en su novela pero su presencia tan sólo se nota al nivel de la ironía del relato. No propone el autor ninguna solución. *La Espuma* sólo representa “un trozo de vida” a la manera naturalista. Al finalizar la novela, la vida de la protagonista como la de los demás personajes sigue su curso normal: escandaloso e inmoral. Al acabar la lectura de *La Espuma* se tiene la impresión de haber hojeado un álbum de fotografías con retratos y escenas de una vida de sociedad.

Si consideramos las tres novelas desde el aspecto sociológico, constatamos que es la ética la que condiciona las respectivas visiones del mundo de sus escritores. Considerando el hecho desde una perspectiva más amplia observamos aquí la comprobación de una constante de la literatura española a través de los siglos, a saber su fundamental moralismo.

---

<sup>22</sup> Pardo Bazán, Emilia. « La espuma », *Nuevo Teatro Crítico*, Madrid, 1891, año I, nº 2